

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



MARCAR EL RITMO

Dicen que en los inicios de la tierra, Dios asignó las tareas principales en varios administradores. Una vez repartidos los roles quedó disponible el control del tiempo. Buscó y buscó en su base de datos y no encontró al candidato ideal para cubrir el puesto.

Los minutos pasaban y nadie los gestionaba. Tomó la decisión de elegir un hombre y otorgarle las habilidades para ejercer la función.

El Elegido comenzó a realizar su trabajo. Dividía el día en horas, éstas en minutos, luego segundos, hasta llegar al instante mínimo en el que el tiempo se evanesecía. Fijaba las estaciones, controlaba las mareas, decidía cuanto vivía cada persona, animal o planta.

Este funcionario gozaba con su labor, se sentía como su Jefe. En sus momentos libres soñaba con extender sus competencias a otras creaciones. Quizás así podría tener sus propios mundos y elegir sus empleados. El sueño se repetía muy seguido y se extendía más. En ese descuido onírico, un ateo del tiempo empezó a predicar la no existencia de la temporalidad.

Cuando el administrador lo escuchó, temió que su puesto peligrara. Esperó a que las agujas de su reloj estuvieran juntas en el número 12, corroboró que el insurrecto estuviera dormido y quiso hacerlo desaparecer. No tuvo en cuenta que el profeta del no-tiempo había ganado mucho poder y comenzó a crecer cada vez más. El desobediente se incorporó. Su tamaño cuadruplicaba al funcionario. Los papeles se invirtieron. Lo tomó con sus dos manos y lo fue devorando de a poco, primero la cabeza y luego los brazos.

Quería dejar un mensaje claro: "El tiempo NO existe". A partir de ese momento quedó vacante el puesto del Administrador.

- Mariana Romano Baroni -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC